

Luis Manuel García Méndez
El señor de
los naufragios

VIII PREMIO IBEROAMERICANO DE RELATOS «CORTES DE CÁDIZ»

C colección
CALEMBÉ



algaida



Un jurado presidido por Antonio Castillo y compuesto por Hipólito G. Navarro, Luis Manuel Ruiz, Fernando Iwasaki, Miguel Ángel Matellanes y José Manuel García Gil concedió a la obra *El señor de los naufragios*, de Luis Manuel García Méndez, el VIII Premio Iberoamericano de Relatos «Cortes de Cádiz», patrocinado por la Fundación Municipal de Cultura del Ayuntamiento de Cádiz.

La colección Calembé es una iniciativa de la Fundación Municipal de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Cádiz y se publica en coedición con Algaida Editores.

Director de la colección: José Manuel García Gil

© Luis Manuel García Méndez, 2011

© Algaida Editores, 2011

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-631-7

Depósito legal: M-15.468-2011

Impresión: Huertas Industrias Gráficas., S. A.

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Esto es: hielo caliente, nieve fantástica.

Teseo en *Sueño de una noche de verano*

WILLIAM SHAKESPEARE

PRIMERA PLANA

ONIRIADAS

DESDE TIEMPOS MEMORIALES (ALGO TENDRÁN que ver con la memoria), los humanos habían soñado intuitivamente, o eso creían. Pero estaba a punto de concluir aquella era feliz en que los registros de propiedad intelectual sobre los sueños no habían sido ni siquiera soñados.

Atareados en labores que parecían más productivas, sólo algunos raros intentaban descifrar la concupiscencia entre ansiedades, jirones de realidad y frustraciones que se confabulaban en las noches. Al día siguiente, la hora del café era condimentada con pálidas copias al carbón de aquellos sueños, inocentes como un caníbal alérgico a la carne roja.

Había desvelados impenitentes, de sueños haikús; adolescentes que malgastaban erecciones nadando en océanos de tetas rellenas y culos apuntalados por la silicona; dormilones de sueños aburridos como novelas soviéticas de obreros y koljosianas levantando en Siberia centrales hidroeléctricas; anoréxicas perseguidas por feroces helados de chocolate. Los impo-

tentes se soñaban estrellas X y los funcionarios domesticados por la seguridad social y el sueldo fijo, cantantes de rock duro. Amantes esposas y madres de familia se resistían a la violación por una escuadra de infantería, y amanecían húmedas. Maricones con tres hijos y un cargo en el gobierno se soñaban entrando a la próxima sesión de la cámara sobre altos tacones y a la sombra de una pamea roja. Los cobardes sufrían pesadillas y los valientes también, pero, menos acostumbrados, se orinaban de miedo. Había incluso un tal Freud, voyeur de los sueños ajenos, que intentaba la vigilia total para no autodiagnosticarse deseos frustrados por su abuela paterna o ansias atragantadas de tocarle la pirinola, en fila india, a todos los niños de la escuela.

En resumen, hasta aquel invento que al principio pareció puro juego, el mundo de los sueños (perfectamente anónimos y, como regla, arrumbados en el desván del olvido) se comportaba de modo normal. Es un decir. Gracias al equipo multidisciplinario de una transnacional especializada en sistemas para perder el llamado «tiempo libre» —en contraste con el otro, que era preciso aprovechar hasta el último minuto, y que sólo la oposición jacobina se atrevía a llamar «tiempo preso»—, la edad de la inocencia no duraría demasiado. Del parchís y el dominó a los videojuegos había una distancia tecnológica tan rotunda como entre los videojuegos y los simuladores de

realidad sensorial, cuyo clímax (qué coincidencia) eran las *sexmachines* que reemplazaron los antihigiénicos contactos persona-persona, tan peligrosos en aquellos tiempos de maldición venérea. Aunque habituado a patentar asombros, el equipo multidisciplinario comprendió que el nuevo artilugio era una revolución comparable al fuego, las campañas electorales, el *blue jean* y la rueda: «El hibernador onírico trocará para siempre la órbita histórica del planeta». Aquello sonó a eslogan publicitario con *jingle* en tiempo de pop-*rap* latino: mnemotécnico, sabrosón, desechable. Si llegan a adivinar cuánta razón tenían, archivan el invento.

El primer modelo de hibernador onírico era pesado, lento, caro y, a juzgar por los 2,2 kilogramos del manual, requería un curso de posgrado. La campaña promocional se dirigió a los sobrados: sobrados de dinero, de espacio para colocar el armatoste (había que comprarlo con cama incluida, a pesar de su estética hospitalaria), de tiempo para perder, sobrados incluso de la imbecilidad compulsiva que obliga a adquirir cuanto chirimbolo vomite la tecnología en el mercado antes que los dependientes sepan para qué sirve. Pero algunos negociantes avispados se olieron la rentabilidad del hibernador y adquirieron a plazos varias unidades con las que se fundaron los primeros onirclubes: salones divididos en peceras azules con un aparato en cada una. Por el equivalente de un hotel cinco estrellas, concedían al cliente una noche de

sueños espiaados y a la mañana siguiente la grabación íntegra de su propio sueño. Aunque se garantizaba discreción total, los empresarios barruntaron que el fisgoneo de los sueños ajenos se pondría de moda, y piratearon copias de resguardo que muy pronto circularían en el mercado negro. El feroz incremento de la demanda no sólo multiplicó los clubes y abarató los precios, sino que generó los primeros estudios clandestinos de montaje y producción donde se editaban sueños bucólicos, de terror, sueños X y onir-thrillers con retazos de los sueños originales que ya abarrotaban los clubes, pero que a veces, a causa de su *tempo* Tarkovski, eran difíciles de comercializar íntegros. *La anaconda libidinosa*, *Sally*, *la araña perversa* y *Las palomas asesinas* fueron los primeros títulos en alcanzar el millón de copias, a pesar de que su precio equivalía a las cinco partes de un clásico, *Allien*, en su reciente versión sensorial.

Los altos márgenes de ganancia permitieron que los nuevos modelos del Onir fueran más compactos, tan fáciles de operar como cualquier reproductor de realidad sensorial y, sobre todo, más baratos. El último alarido de la moda eran los Onirman y se podían ver racimos de adolescentes dormitando en transportes públicos y parques mientras enlataban sus sueños. Padres, diputados, policías y maestros coincidieron en que aquello era socialmente más aceptable que cubrir de pintadas las estatuas, pulverizar cabinas

videofónicas o colgarse de los trenes magnéticos sobre tablas de suspensión. Aunque mucha gente empezaba a vivir más pendiente de sus sueños que de sus vigi-lias, el orden planetario seguía intacto. No por mucho tiempo.

Dos factores determinaron la aprobación de la Ley Onírica:

1.º El escandaloso destape del mercado negro, que ya comercializaba los sueños a la puerta de las escuelas, vía red o entrega a domicilio contra reem-bolso. Y sin pagar impuestos.

2.º La más vieja tradición de la jurisprudencia: regular con retraso y a remiendos lo que la realidad ya había aprobado por mayoría (y a veces por unani-midad) muchísimo antes.

La ley salvaguardaba el derecho a la intimidad de los sueños, pero aún se armaban los éxitos de ven-ta con copias pirateadas en los clubes. De modo que los magnates descubrieron en la ley un instrumento idóneo para fulminar a la pequeña competencia y a los advenedizos. Presionaron al gobierno, con la au-toridad moral de sus cuentas corrientes, para que dictaminara el cierre inmediato de los estudios clan-destinos y los onirclubes piratas e inmorales de la competencia, de modo que los editores más profesio-nales terminaran de asalariados en las grandes corpo-

raciones, que recién habían adquirido la patente del editor virtual de sueños, lo que permitía un impecable empalme entre sueños originales y sueños virtuales, prefabricados, para obtener sueños comerciales de una coherencia pavorosa (el tal Freud, al paro), dado que los consumidores preferían la dramaturgia clásica: introducción-nudo-desenlace.

El Primer Simposio Internacional de Onirología discutió, entre otras cosas, el status de obra intelectual que debía concederse a los sueños. En breve proliferaron las oficinas donde cualquiera, entregando una copia y rellenando un par de impresos, podía solicitar el *copyright* sobre los suyos. La medida engrosó una burocracia que pastaba con fervor del presupuesto, y redujo en un 0,07% el desempleo crónico. Por sumas ridículas, que apenas alcanzaban para seguir soñando, las corporaciones adquirieron miles de sueños. Ya pocos recordaban que soñar había sido alguna vez un deporte íntimo, involuntario, anónimo y gratuito.

Pululaban soñadores profesionales y amateurs, consumidores de sueños ajenos, soñadores rebeldes por cuenta propia, clubes secretos que traficaban sueños inconfesables, prohibidos. Y a pesar de los nuevos códigos penales, la policía carecía de medios para perseguir con éxito los sueños insurgentes, que se deslizaban por las esquinas de la red planetaria. No tardaron en convocarse concursos de sueños, y los

mejor dotados registraban millones de participantes. Los jurados más imparciales eran desvelados impenitentes. Las artes visuales y la literatura, la dramaturgia y la música seguían requiriendo ciertas aptitudes innatas, un largo aprendizaje y muchos años de solitaria guerra contra esa materia indócil que es la imaginación. Pero cualquiera se atreve a soñar.

Sueños *best-sellers* enriquecieron a un puñado de durmientes bastante despiertos. Y como «soñar no cuesta nada», la rentabilidad era absoluta. Nuevas comisiones de censura se dedicaron a clasificar por edades y rotular los sueños. Declinaron las estrellas de Hollywood y algunas se vieron precisadas a hipotecar sus mansiones en Santa Mónica, ante la masiva inclinación a atisbar los sueños del prójimo, ateniéndose al instinto de voyeur que durante siglos la humanidad había reprimido, antes que conformarse con las ficciones, esos sueños precocinados. El gran público desconocía aún la secreta carpintería escondida bajo la urdimbre de los sueños que encabezaban las listas de ventas.

Fue entonces cuando la multinacional del «tiempo libre» patentó el inductor de sueños. Hasta entonces sólo era posible ver los sueños ajenos. Ahora se podía soñar el último sueño de Melanie Crawford o las pesadillas escogidas de Marlon Pacino. Las estrellas pudieron levantar las hipotecas y cambiar el coche vendiendo un par de pesadillas al mes. La adicción

produjo lo que el IV Congreso Internacional de Onirología denominó la enfermedad del siglo: la TOI (traslación onírica inducida). Apacibles amas de casa empezaron a pintarse de negro las uñas desde el amanecer y acudir a los supermercados enfundadas en mallas transparentes o enarbolando las tetas extenuadas de hijos por las ranuras de sus overoles militares. Los telediarios reportaban miles de incidentes al día: tres inducidas dirimían a tiros su estrellato en el vestíbulo de una lavandería sueca; un bibliotecario y un vendedor de corbatas se perseguían a doscientos por hora en las calles de Moscú; una banda de niños, inducidos por los sueños completos de Silvester Bronson, clasificados PARA TODAS LAS EDADES, crucificaba drogatas y mirahuecos de pasillo en las iglesias de Ontario. Proliferaron las sectas del Cuarto Milenio, Los Caballeros del Apocalipsis y la Iglesia del Santo Desvelo. Pero también aparecieron las escuelas y talleres oníricos. Su precursor fue el Dr. Thomas Martínez. Durante años había estudiado sus propios sueños, descubriendo al cabo regularidades y recurrencias que operaban como puentes entre las dos orillas de la realidad: la material y la onírica. Fracaso tras fracaso, afinó con paciencia procedimientos para direccionar las sustancias de ambas, hasta conseguir que el comportamiento durante la vigilia modulara los sueños y viceversa. Concebido como una herramienta de autoconocimiento, la Primera Escuela Onírica del Dr. Mar-

tínez arrojó resultados inesperados: la búsqueda de conciliación entre ambas orillas fue apenas la primera fase. Durante la segunda, los mejores alumnos descubrían sus aspiraciones auténticas, a menudo enmascaradas por las convenciones sociales; evaluaban con exactitud sus aptitudes y sus miedos, aprendiendo a conducirlos no sólo a través de los túneles nocturnos, sino también por los meandros de la vigilia, no tan luminosos como podría deducirse de su condición diurna. Los discípulos del Dr. Martínez fueron los primeros humanos en alcanzar, masivamente, ese raro estado de la felicidad que dimana de conciliar sin escándalo lo que se quiere y lo que se puede. Muchos milenios de historia humana habían transcurrido antes de convertir en norma lo que hasta entonces era un sobresalto de las estadísticas: ciclos sueño-vigilia perfectamente armónicos.

Las escuelas proliferaron en todo el planeta, porque los hombres comprendieron que bucear en los propios sueños era más emocionante y placentero que suplantar los ajenos. Descendieron en picado las ventas, muchos clubes se convirtieron en talleres oníricos, almacenes de colchones neumáticos y sucursales de Insomnes Anónimos. Los bancos se cebaron a hipotecas en las mansiones de las estrellas, que pintaron sus viejos deportivos para que sus vecinos los sospecharan de estreno. Más estrepitosa fue la caída de los magnates del 3D senso-onírico. Intentaron acciones legales

para prohibir las escuelas, amenazaron al gobierno con una crisis económica global, desempleo galopante y subversión, pero el senado y la cámara estaban plagados de discípulos, la eficiencia del trabajo había aumentado 18% en sólo un año y las estadísticas policíacas se desplomaban un punto y medio por mes, amenazando con clausurar el eterno juego de policías y ladrones por no presentación de los bandidos. El pistolero de la mafia sabía de pronto que su futuro como diseñador industrial era más promisorio que la metralleta. El ratero de tranvía se dedicaba con éxito al patinaje artístico. Y aunque algunos coroneles, incapaces de soñar sin orden expresa de sus superiores, temían reducción inminente de plantillas, no haría falta. Se multiplicó la renuncia de agentes y detectives, que descubrían, después de muchos años empuñando pistolas calibre 38, su profunda vocación de aeromodelistas y tipógrafos. Como resultado de su propio invento, quebró la multinacional del «tiempo libre». El espacio galáctico de la imaginación era tan vasto, pero al mismo tiempo tan accesible, que a nadie se le ocurría perder el tiempo derribando marcianos con misiles neutrínicos o entrar en tratos con una rudimentaria máquina de hacer pajas. La última acción de los magnates fue pura venganza, ajena al espíritu de la libre competencia (aunque nada más lejos del espíritu que la competencia): intentaron sin resultado asesinar al Dr. Thomas Martínez. Un nimbo de sueños

protectores lo circundaba desactivando las malas intenciones. Los ejecutores directos cumplieron benévolas penas en cárceles de régimen abierto; pero los autores intelectuales, tres multimillonarios de nuevo ingreso, concluyeron su declive al dictarse contra ellos el insomnio perpetuo. Otros eludieron la ruina desplazándose al tráfico de estupefacientes. Pero estaban sentenciados: en apenas un lustro, los paraísos oníricos hicieron obsoleta la adicción a los paraísos químicos.

Un puñado de políticos, astutos como ratas supervivientes de un naufragio, advirtió el peligro:

Un mundo de personas satisfechas y realizadas podría prescindir de los estamentos del poder no bien se desplomen los oscuros resortes de la costumbre. La felicidad excluye el odio y convierte el miedo en un instinto prescindible. Y la primera herramienta del poder es el miedo. La aspiración de un mundo feliz es buen tema para un discurso, pero ningún político serio se lo ha creído jamás. Una humanidad feliz sería ingobernable.

Pero nadie les hizo caso.

Ni las personalidades más sabichosas y resbaladizas de la política mundial podían prever lo que se avecinaba. Prescindir de los políticos les habría parecido mero divertimento.

Los discípulos del Dr. Martínez, muerto a los 106 años de un apacible infarto a las cuatro y veinte de la

madrugada, empezaron a experimentar los sueños colectivos. Bucear en lo onírico sin extraviarse, conducir los sueños sin violencia y al cabo armonizar los espacios exterior e interior de la realidad, requería un grado hasta entonces impensado de concentración y maestría en el dominio propio y, como consecuencia, el aprovechamiento de continentes completos de la imaginación y la inteligencia, tan desconocidos como la Antártida para Ramsés II.

En vida del Doctor, hubo indicios de la transmisión onírica: matrimonios que entraban y salían de los sueños mutuos, y hasta compartían sueños completos, despertando con una sensación de orgasmo total que sólo fueron capaces de explicar metafóricamente: «Fue... fue un orgasmo, no, una luz azul que nos estremeció durante un tiempo inmensurable desde las uñas hasta el último pelo. La palabra orgasmo es un parche lingüístico. Habría que inventar un término sin precedentes para nombrar algo que no tiene precedentes».

Las primeras experiencias colectivas dieron resultados inmediatos: grupos cada vez mayores interconectaban sus sueños durante horas y fraguaban una intimidad que ningún colectivo humano había alcanzado jamás. Pero lo más asombroso fue descubrir que con la práctica reiterada, la proyección onírica se intensificaba, tanto como la permeabilidad a los sueños ajenos. Las primeras encuestas denunciaron un alcance superior a los diez kilómetros, y eso sin contar un

fenómeno que empezó a producirse desde las primeras experiencias: la reverberación. El receptor de un sueño ajeno lo incorporaba de tal modo al suyo, que actuaba como retransmisor. Y era sólo el comienzo. Aún se desconocían las reverberaciones de orden planetario. Años más tarde provocarían la mayor revolución de la historia.

Por lo pronto, un conflicto ético daba pasto a los detractores, que hablaban de la transmisión como promiscuidad onírica que demolería los cimientos de la sociedad. Ni siquiera los discípulos más antiguos del Dr. Martínez eran capaces de enmascarar en sus sueños la verdad raigal mediante subterfugios y simulaciones. De la mentira, ni hablar: el espontáneo fluir de los sueños es impermeable a ese aprendizaje social. Pero a lo largo de siglos, la in/tolerancia, el miedo y la mentira habían sido las tres columnas del edificio social. Y cualquier aprendiz de ebanista sabe que una silla de dos patas no se mantiene en pie ni medio segundo.

Tras veinte años de matrimonio, la mujer descubría a su marido cazando efebos en los baños públicos; o el marido la sorprendía empalmada por el guarda de seguridad sobre un buró de la oficina; o los retozos de la niña con su profesor de Historia Antigua; los saqueos que el más pequeño perpetraba en el jarrón de la cocina, donde mamá atesora el presupuesto mensual. Se desnudaban de cortesía y buena educa-

ción las trifulcas entre vecinos por niños, perros y decibelios de más los viernes y los sábados. Y casos peores: la sinceridad involuntaria entre alumnos y profesores, soldados y tenientes, gerentes y empleados. Diplomáticos que durante las conferencias internacionales se atiborraban de café y anabolizantes. Pero bastaba una siesta fugaz para echar abajo negociaciones y tratados.

El debate público fue quizás el más arduo de la historia humana. Se habló de dormitorios blindados contra las ondas cerebrales; se prohibieron por ley sanciones y represalias que se basaran en informaciones oníricas. Algún gabinete intentó prohibir la transmisión, pero a esas alturas habría sido como sancionar la sed o la respiración. De modo que los más preclaros hablaron de irreversibilidad y sugirieron la verdad desnuda en lugar de la mentira (aún la más piadosa) como tercer pilar, lo que obligaba a la revisión de los otros dos: el miedo sería un artículo personal, intransferible, y la tolerancia sólo tendría una frontera: la integridad del otro. Era, en pura lógica, el único recurso para que la convivencia humana, que tantas mentiras había soportado, no se derrumbara bajo el peso de la verdad. No por ello se extinguieron los conflictos. Generaciones enteras sufrieron en sus sueños la vergüenza del adolescente sorprendido en el baño, picha en mano, por su abuela paterna. Pero los más jóvenes, para quienes el nudismo de la imaginación

era tan natural como quitarse la camisa, crecieron con la noción de que la verdad podía ser más o menos comfortable, pero jamás prescindible. Ni obscena.

Mientras, la reverberación envolvía porciones cada vez más vastas del planeta con un cobertor de sueños que convergían y se alejaban: oleaje de utopías y mitos confabulándose en la noche.

Empezaron a producirse fenómenos inexplicables.

En Kuala Lumpur, un diseñador que inmolaba la utilidad a la estética sustituyó un antiguo parque, donde abuelos y niños abrevaban atardeceres, por un rectángulo de pasto salpicado de estatuas y amurallado por advertencias: NO PISE EL CÉSPED. Las iras del vecindario tripularon sus sueños y cierta mañana el parque amaneció surcado por trillos adoquinados de pizarra, los viejos bancos de hierro contra parterres de flores azules y una rampa suave para que los niños pudieran deslizarse en sus tablas de suspensión. Las autoridades locales negaron toda responsabilidad, los vecinos, menos (su responsabilidad física, *of course*), una secta local y dos aspirantes a la alcaldía se atribuyeron el mérito con fines electorales y de reclutamiento, pero perdieron toda credibilidad, incluso la poca que tenían. El diseñador armó la pataleta para que restauraran su proyecto, pero nadie se atrevió a tocar lo que, según un borracho que solía dormir frente al parque «se formó así, de repente, pero poquito a poco.

Primero era una sombra, temblorosa, traslúcida, que fue adquiriendo cuerpo hasta que apareció un banco, una flor, un sendero. Y no había nadie, nadie, nadie. Se lo juro, señora periodista». Algunos anticiparon la idea de que una intensa energía onírica convergente podía materializarse. En definitiva, la materia no es sino una forma especial de la energía. Pero la hipótesis no encontró eco más que en las revistas humorísticas: un hombre que soñaba a su mujer unas tetas talla cuarenta para desesperación de los cirujanos plásticos; una confabulación de vecinos que convertía al perro de don Cosme en un bebedero público.

Poco duraron la bachata y el relajito ante la hipótesis. La prensa más seria se plagó de acontecimientos que parecían sacados del *Increíble pero cierto*: El proyecto de un vertedero nuclear en Jaén que no lograba prosperar: cada mañana amanecía suturada la excavación del día anterior. Hasta que desistieron. Un alcalde de La Habana que incrementó hasta el abuso los impuestos locales sin importarle las protestas, porque contaba con la mayoría absoluta en el ayuntamiento. Pero no contaba con su propia desaparición. No hallaron su cadáver ni tomó un vuelo regular a Miami. Se disolvió ante las cámaras de Taíno TV que transmitían el discurso en directo. Sus últimas palabras fueron emitidas por un orador invisible e imperturbable, lo que permite asegurar que la desmaterialización, como empezó a llamarse desde entonces, es

indolora. El alcalde se dio cuenta, si acaso, demasiado tarde. Autovías que cambiaban de rumbo en franca desobediencia a los ingenieros y al ministro, acorralado por el presidente de una transnacional que ya había comprado con mil millones de inversión el derecho de quinientos mil contribuyentes. Un gerente soñado por la sección sindical que se desvanecía acodado sobre su oceánico buró de caoba y ante la mirada despavorida de su secretaria, dos accionistas dóciles y el jefe de personal.

Pero la preocupación de los políticos sólo se trocó en pavor y estampida después que desaparecieran en masa, de un país centroafricano, el dictador y su regimiento de escolta, el consejo de ministros, todos los generales menos uno, la policía en pleno salvo algún que otro agente de barrio, los torturadores y testaferreros, los terratenientes y sus ejércitos privados. Como todos sabían a qué atenerse, nadie se postuló para la presidencia, porque el país empezó a regirse desde entonces por el Gran Consejo, que decidía cada noche, en referéndum permanente, prioridades y proyectos de interés público, leyes y decretos. La policía se disolvió por obsoleta. Ningún delincuente logró huir de sus sueños. Y el ejército se extinguió por innecesario: las relaciones con sus vecinos eran excelentes y nadie se atrevería a invadir a un pueblo capaz de desmaterializar en una noche al ejército más desalmado de la historia continental.

Una ola de cautas dimisiones recorrió el planeta. Los aparatos estatales se redujeron a meras oficinas ejecutivas, la ambición se detuvo en los lindes del interés público y el entramado universal de los sueños abolió las fronteras, trasvasó los idiomas a un sistema global de vasos comunicantes y estableció como ley primera de la constitución planetaria el derecho humano a soñar con entera libertad, y a que esos sueños alcanzaran su valor exacto entre las decisiones de los hombres.

Algunos museos conservan aún distintos modelos de aquellos hibernadores oníricos, y durante las visitas dirigidas, los niños tardan en comprender que alguna vez los hombres pretendieron enlatar los sueños, y comprar o vender un bien tan inasible como la respiración o la mirada.

Restaurar el planeta de las heridas y cicatrices que la pesadilla de pocos había dejado durante milenios en los sueños de muchos fue lo más fácil. Armonizar un futuro plural pero único, armado con diez mil millones de sueños, sería tarea de varias generaciones.

Por lo pronto, algunos aseguran que los sueños ya han adquirido conciencia propia, que espían a los durmientes desprevenidos. «Se acerca el día en que los sueños empezarán a soñar a los hombres», afirman.

Pero no es más que una hipótesis.

Por ahora.